



Dib. RAMIREZ.—Madrid.

—¡Mujer, hazte cargo! ¡Ya ves la de cosas que tengo en la cabeza!

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR."

por NIGROMANTE

Bases para el Concurso de enero.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de Buen Humor correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º Un billete de lotería para

el primer sorteo del próximo mes.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.

3.º Tres décimos para el mismo sorteo que los anteriores.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas antes del día 5 de febrero, haciendo el envío a la mano a nuestra Redac-

ción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de enero insertos en esta página. A los suscriptores de Buen Humor les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los primeros números de febrero se publicarán

las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

CUPÓN

correspondiente al núm. 162

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

1.—Del maestro Caballero.

50 A 6

DIÁMETRO

Te espero en Eslava
tomando café

LOS

famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SON

infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :



SOMBREROS BRAVE 6 · MONTERA · 6

2.—Un clásico

—No sé porqué habéis lanzado al chicho ese dos-tercia.

—Es que se llevó el tercia-prima que más felle nos hacía.

—Ya le disteis con el dos-prima en las costillas.

—A pesar de eso no hemos logrado que devolviera a todo.

3.—Para morirse de risa.

CASA

Una E del dominio de todos.

500

MARCHO CON LA YUNTA Y EL ARADO

EVA

2

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de enero.

4.—Opereta.

ARTÍCULO TARÁNTULA

A V V V T T

5.—Junto al escenario.

BI NOTA NOTA NOTA TUNO

6.—Obra teatral.

ENGANO

NOTA

T T T T



Las palabras que perfuman

y se escuchan con más agrado, son las
que dicen quienes usan todos los días la

P A S T A D E N S

ES una crema jabonosa, aromatizada
con menta dulce de primera ca-
lidad. Ni piedra pómez, ni jibia, ni
drogas de efecto dudoso o nocivo.
Limpia el esmalte dental con la suavi-
dad de una esponja, dejando resplan-
deciente la dentadura, sonrosadas las
encías y la boca fresca y perfumada.

PERFUMERÍA GÁL, - MADRID



DESCONFIE USTED

de quien le ofrece los productos de la Perfumería Gál
a precios más reducidos. En todos los almacenes de Espe-
ña, Bolsores y Cárnicas, se venden a los mismos precios
que en nuestros locales al detall. Es lógico asegurarse de
que un pequeño margen de utilidad es la renta

LA LITERATURA DE IZUELA



HÉCTOR Izuela hallábase convencido de que, a pesar de los originalismos procedimientos por él empleados para producir literatura, era un genio que, al igual que un Vargas Vila, un Luis Pirandello, o un Alvaro Retana, había creado una nueva modalidad en el difícil y complicado arte de escribir.

Izuela tenía escritos numerosos versos, que jamás pudo colocar en parte alguna, versificaciones en las que, por su métrica y composición, se demostraba de un modo rotundo toda su potente originalidad. Aquellas poesías no eran elegíacas, ni anacréonticas, ni líricas, ni bucólicas, ni romancescas, ni dadasistas, por lo que resulta difícil, por no decir imposible, el catalogar tales producciones dentro de alguno de los diversos géneros en que se divide la forma poética.

El escritor se mandó imprimir unas tarjetas, que rezaban así:

«Héctor Izuela, poeta modernista. Calle del Limón, 285. Madrid. Se expenden sonetos al peso. Dramas y comedias, al por mayor y menor. Los pedidos de cinco kilos en adelante, se sirven a domicilio».

Pero ni a pesar de tal propaganda, lograba Héctor obtener fama y dinero con sus originales obras, por lo que, para darse a conocer, decidió publicar, pagando con sus ahorros la tirada, una colección de poesías suyas, a la que puso el título de: «Plomo» (Versos modernos).

¡Qué emoción al ver en los escaparates de las librerías los volúmenes con su nombre impreso en la blanca portada! Aquel día le pareció que, al transitar por las calles, las paseantes volvían la cabeza para admirarle, y sentía fuertes deseos de poderles gritar:

—¡No os engaños, ciudadanos! ¡Yo soy Héctor Izuela!

la, el famoso poeta! ¡Este hombre de aspecto vulgar, que pasa junto a vosotros, es, en efecto, el ilustre autor de «Plomo»!

Mas, con el tiempo, la desesperanza comenzó a invadir a Héctor, pues nadie compraba un ejemplar de su obra. El público, llevado por la rutina, se resistía a adquirir una producción de firma anónima, y los ejemplares de «Plomo», comenzaron a vacer olvidados en las cuevas de las librerías. Izuela visitaba a su editor, y solía preguntarle:

—Pero ¿será posible que nadie compre mi obra, ni siquiera por curiosidad? ¡Voy pensando que, como dicen, los genios no somos comprendidos en este país!

Ante el fracaso, Héctor se sentía entristecido, melancólico y apesadumbrado, hasta que un día, llevó a la práctica

la idea que le había sugerido su pensamiento. Puesto que no existía ciudadana capaz de gastarse cinco miserables pesetas en adquirir un ejemplar de sus poesías, él, magnánimo, regaló a la Beneficencia toda la tirada, para que fuese repartida, en concepto de premios, entre los niños de las escuelas que más se distinguieran por su aplicación.

En cuanto su obra comenzó a circular, se vio que la literatura de Héctor poseía el extraño e infalible poder de hacer dormir al lector.

Como puede suponerse, Izuela desesperábase en grado sumo, ante aquel insospechado resultado de su literatura.

Hasta que, de pronto, una rara y no despreciable idea, brotó en su imagin. Si su obra tenía la virtud, como había quedado comprobado, de hacer dormir a cuantos emprendían su lectura, ¿por qué no ofrecerla, como una nueva terapéutica, a todas cuantas personas padecen de insomnios? Son, en verdad, infinitas las personas que no consiguen, ni con las más enérgicas drogas medicinales, cerrar sus párpados, y si «Plomo», su poética obra, atraía, según podía verse, irresistiblemente al sueño, ¿por qué no ponerla, sacrificándose, a disposición de tan desventurados seres? De seguro, ellos lo agradecerían en extremo, e Izuela, de retribución, ganaría así considerables cantidades de dinero...

Héctor Izuela, práctico, ha llevado a la realidad su idea, y ha obtenido un resultado soberbio y maravilloso. Su obra es vendida profusamente, mediante la siguiente receta médica:

«Despáchese un ejemplar de «Plomo», el poderoso amodorrante...»

Y no se halla a la venta ni en librerías, ni en kioscos, ni en puestos de periódicos. Se expende únicamente en farmacias, boticos y droguerías...

Luis ESTEBAN



Dib. SILERNO.—Madrid.

¡TODO MENOS ESO!

Hoy día lo absorbe todo la horrible lucha africana, a la que buscan el modo de hallar solución cercana.

Allá se dan de mamporros (lo que Dios siempre maldijo) y vierten la sangre a chorros en singular revoltillo.

La cólera no deponen y hay mucha gente difunta, con mil detalles que ponen todos los pelos de punta.

¿Es que el demonio lo enreda? ¡Qué le hemos de hacer, lector! ¡Sucedá lo que suceda, no pierdas el buen humor!

Tras de quedar convertidos al dogma de Cristo un par de ateos muy conocidos, muchos les van a imitar.

Mi amigo Luis, que dudaba de todo, es beato ahora;

Pilar, que no reparaba en nada, es *reparadora*; hasta el masón don Andrés se acoge a san Agustín, y yo les aplaudo, si es que obran así con buen fin. ¡Sin convertir a alguien queda? ¡Allá cuidados, lector! ¡Sucedá lo que suceda, no pierdas el buen humor!

La subida de los precios en las cosas más usuales, a los listos y a los necios nos apotan los caudales. No hay quien compre ya trencillas, ni percal, ni salchichón, ni patatas, ni rosquillas, ni escabeche, ni carbón.

¡Si un tal Ruiz, para comprar doce huevos de una vez, tuvo ayer que hipotecar una casa en Arenizuel...!

¿Va todo como una seda? Pues haz lo que yo, lector. ¡Sucedá lo que suceda, No pierdas el buen humor!

Pierde, lector, los estribos; pierde, si es caso, la celma, pierde el perfume del alma por diabólicos motivos; pierde el miedo que te veda vivir bien, por ser cobarde; pierde el tren, si llegas tarde; pierde el paraguas de seda; pierde una pista... (o más pistas); pierde tus usos melódicos; pierde también los periódicos; pierde, en fin, cuantas revistas nacionales y extranjeras poseas al por mayor... ¡Pero, por lo que más quieras, no pierdas el Buen Humor!

JUAN PÉREZ ZÚNIGA



Dib. Bocka.—París.



Dib. PADILLA.—Madrid.

—Sí, querida Mady, los que llegan son, por lo general, unas malas bestias.

—Pues no desesperes; tú llegarás...

—Retírese; si le ven sus nietos me tiran del moño...

—Imposible, joven.

—¿Pero, usted no tiene nietos?

—¡Sí, pero usted no tiene moño!...

¡CUIDADO CON LAS FALSIFICACIONES!

CIRCUNVALACIONES FILOSOFICAS EN TORNO A LA VERDAD DE LA MENTIRA Y VICEVERSA

¡Cuidado con las falsificaciones!... Hay dos circo, uno de trampa y de carión: ese es el bueno. Otro de ver



dad: ese es el malo. Cuando salga a la pista el hombre de los bíceps como sacos de ropa y nos los haga tocar para que nos convenzamos de que allí no hay trampa, ¡malol!, nos engaña. Los bíceps son auténticos, sin duda, pero precisamente por eso nos engaña, porque engaña con la verdad, que es lo que más engaña en este mundo.

El circo de verdad es el que aparece en los grabados. Señores así; señoras así; familias en una posición así... todos dedicados a labores impropias de cualquiera que esté en sus cabales. Todo eso es verdad: todas las bolas de esa señora son macizas; todos los pesos que aguantan el que sostiene la pirámide familiar son pesos fuertes; la silla que levanta esa señorita es de veras; y el marqués del grabado salta de veras a la pista y se subía al trapecio así, con ese traje que manifiesto en el grabado, sin miedo al peligro. Pero precisamente en todo eso está lo grave y la engaños. ¿A qué conduce hacer la mudanza con los dientes, tirar a lo alto las bolas del puente de Toledo para recogerlas al caer en un embudo: partir una baraja de una vez cuando no hay necesidad de partirla ni de una vez ni en varias

veces; o sostener sobre el abdomen a cinco o seis hombres? ¿No es denigrante para la especie humana el caso de un hombre que pierda años y años en la tarea de domesticar cuatro pulgas? Menos mal si aprendiese a domesticar las pulgas de los espectadores; pero no, mil y mil espectadores, comidos por las suyas tienen que estar, boquiabiertos, viendo a las del circo saltar a la comba. Como utili-



dad es poca cosa y como espectáculo, menos.

Se dirá que cada cual mata las pulgas como puede; y la domesticación es, en rigor un modo, como cualquier otro, de matarlas, porque pulga que en vez de picar salta a la comba, es pulga muerta o mercedora de morir por delito contra natura. Cada cual —repito que nos dirán— mata las pulgas como puede; y el que las domestica lo que en rigor quiere domesticar es el estómago. Conformes. De eso no hay que decir: cada cual como puede. Pero no lo tomemos en serio los demás y no nos admiremos de ello como de una hazaña preciosa. El que

se traga una espada preferiría tragarse un panecillo; el que come estopas ardiendo se ensaya, en realidad, para poder comer caliente con frecuencia; y el que se deja caer sobre el cogote una bola de treinta arrobas se ejercita en el arte, nada fácil, de saber arrimar el hombro cuando se le venga encima la casa. Todo eso está muy bien y es muy verdad. Esos hombres hacen, en el fondo, lo que también, quizás, hacen en el fondo los poetas, cuando dicen «¡oh, luna! ¡oh, sol! ¡oh, arroyo!», están acaso diciendo: «¡oh, pan! ¡oh, vino!», si es que no dicen también «¡oh, vino! ¡oh, vino!».

Los caminos del circo van a Roma como todos los otros caminos. Está bien. No lo negamos. Nosotros no hemos dicho nada en contra de eso. Pero damos el aviso de que hay gentes que para comer procuran divertirlas a nosotros, mientras otros, en cambio, nos engañan. Y los que nos engañan son esos que empiezan por decir: «¡Mire, señor, y loque; aquí no hay trampa.» ¡Allí no hay trampa, no; pero hay tram-



pa en pretender que aquello es divertido; y en hacer pagar dinero para ver a un señor que podría tirar de un carro mejor que un par de bueyes. ¡Que tire, en gracia de Dios, cuando puede!



Si hace competencia a los animales de tracción, ¡que le enganchen! Pero, ¿a que no lo hace? ¡Qué! Es que aquello de la fuerza es engañar; quieren presumir de animales, pero no trabajar como ellos. Eso resulta un poco fuerte. Pagamos un coche para que nos lleve al circo, después pagamos la localidad para presenciar el espectáculo; y el espectáculo resulta luego que consiste en ver a un hombre cuyo mérito se reduce a saber tirar de un coche con tanta fuerza como el caballo mismo que nos trae. Es decir, que podíamos habernos ahorrado el dinero del coche y el de la localidad. Es fuerte eso de gastarse seis u ocho pesetas para ver que un caballo lo mismo que nos trae un ser de esos que llaman nuestros semejantes. Que seamos semejantes de un hombre así, puede pasar: nunca nos conocemos lo bastante, y ¡hemos tenido tantas sorpresas en el mundo!, pero que a él le paguen dinero por eso y a nosotros nos lo cobren, no es una semejanza; es una desigualdad intolerable.

En cambio, ¡qué gusto y qué honradez de del otro circo, el de los payasos y el de los prestidigitadores; el de los

que usan las copas para tocar la música, no para emborracharse; y el circo de los que hacen énfasis las vajillas!... ¡Da un gusto ver que se rompe una vajilla sin que nadie se preocupe!... Los jugadores de manos son, en rigor, los hombres más honrados de cuantos trabajan en los circos. Ellos juegan con la trampa que es lo contrario de lo que hace el tramposo: el tramposo foma la trampa en serio; el prestidigitador la toma en broma. Todos los objetos que desaparecen se saben que reaparecerán seguramente. Lo contrario de lo que sucede en la vida sería; allí cuando desaparecen, ya unas carteras, ya unas niñas, se sabe que desaparecen en serio. En la vida no se sabe nunca cuándo un hombre es honrado y cuándo hace trampa; con los escamoteadores, en cambio, sabemos que hacen trampa siempre, a todas horas, honradamente; porque su honradez consiste precisamente en hacer trampas de una manera limpia, con decencia. Si el escamoteador hiciera milagros y no trampas, sería cosa de considerarnos engañados. Si las varitas de virtudes fueran efectivamente de virtudes, serían magines, sin trampa, y pondríamos a quien tuviera esa varita en los altares, no en los circos. Con una varita así, ¡cuálquiera hace maravillas! La cosa está en hacer trampa sin engañar. «¿Que dices



que te engañó? ¡Pues no te he engañado! — decía aquella mujer en las Cartas de mujeres de Benavente. La cosa es engañar sin engañar. En ese circo dicen todos: «Señores, ¡vean qué gracia! parece de verdad y es una trampa!» Justamente lo contrario de los otros que, no sólo diciendo que es verdad, aun siendo, todo resulta engañifa...

Y lo mismo, por supuesto, que en el circo, sucede en lo demás. Cuando os encontréis por el mundo con esos individuos que dicen que aman de verdad, que piensan de verdad y que predicán y creen la verdad, ¡cuidado con las falsificaciones! En cambio, esos otros que, según ellos mismos juegan al amor, y a pensar y a creer, como nadie juega a nada si no es por afición, podemos estar tranquilos: aman, piensan, creen, porque le tienen afición a eso y les gusta más que nada, no como esos alfas de pega, que lo son por sacar dinero y presumir engañándonos a todos con una fuerza de verdad, muy de verdad, pero que no sirven para nada, ni para jugar ni para tirar de los carros.

MANUEL ABRIL





LA NOCHEBUENA DE LOS ARTISTAS

Dib. LINAGE. — Madrid.

EN LA ÉPOCA ROMÁNTICA

TARDES MUSICALES

Son célebres en este año de 1850 las tardes musicales de González. No se habla de otra cosa en Madrid.

No recibir invitación a estas reuniones de la buena sociedad resulta desairado, y por eso hablan de las reuniones de González muchas más gentes que las que han podido asistir a ellas. Si hubieran asistido todos los que lo afirman no había sitio para ellos, no ya en el confortable gabinete de la calle del Carbón, sino en la gran nave del Regio Coliseo.

Primero se sirve la jicara de chocolate, espeso soconusco en que abunda más el polvo de ladrillo que la cañoca y que algunos cambian por un «cocktail» de Ginebra compuesta.

Por modestia de los señores de González, que quieren ocultar lo que se han adelantado al porvenir, todas las luces eléctricas de la casa tienen forma de vela.

En la tarde última un poeta desconocido, pero melenudo, con triste melena entrecana, canta al son del gramófono una «romanza» que conmovió a todas las muchachas 1850 que, como no hay que decir, se caracterizan por sus bos-



tezos románticos cuando no por sus lágrimas.

No podemos por menos de reproducir letra y música de la bella composición:

¡OH TÚ!

(Romanza con demasiadas palabras.)

Reina de un celeste imperio
empapelado de azul.

¡OH TÚ!

Norma invicta de mi vida,
mírame por Belcebú.



El verdadero piano de cola de la casa de los señores de González.

¡OH TÚ!

Romántica de mi vida
la del traje de organdi
¿dime, di?

¿Por qué te peinas bandos
que son los auriculares
de una T. S. H. ideal?

¿Dime, di?

Tu palidez, eléctrica;
y tu mirada, barlá.

¡OH TÚ!

¡Te empalidecen de ansia
y de una ingrata virtud.

¡OH TÚ!

Óyeme que me consumo,
cinemática señora,
o déjame suicidar.

¡OH TÚ!

En automóvil huyamos
caminito de Bayona.

¡OH qué mona!

Dejando las diligencias
cuya pechorra me encona.

¡OH qué mona!

Al final de la entonada creación del poeta, al que podríamos llamar coliblanco, la menor de las señoritas González se desmayó y, por un fenómeno extraño de desmayo, todas las cortinas se cayeron en un derrumbamiento similar y con una desopilación muy de la época. Sus anillos de madera sonaron al caer como si todos los anillos de

una rifa verbenera hubieran irrumpido en la hilaridad de encollarar los golletes de todas las botellas.

Después de la romanza del poeta desconocido, el gramófono tocó *Doña Francisquita* y un fox para jazz.

Por causa del calor que no lograron aventar las grandes porciones de las ágiles, hubo que poner en marcha los ventiladores.

«Figuro» apareció un momento por el salón atravesando a todo el mundo con el oquial que ha traído de París. Apoyado en su bengala lisboeta, a la que cimbreaba como si fuese un arco, tiró varias flechas a las damas de desquite indefenso. Gracias a que su osadía tropezó con alguno de sus grandes medallones de azabache que ahora se usan. El retrato del difunto o del marido, a los que presta fidelidad la inconvivable, sonrió en el fondo del medallón.

Después, y cuando se hubo marchado la mayoría de los invitados, pasamos al saloncito íntimo y ósmos las audiciones de la Radio Ibérica, resultando encantadoras las señoritas de González.



vez con los rodets clásicos de los auriculares.

Tan discretos son los señores de González que, para no asustar a su tiempo con las innovaciones, esconden el aparato de radiotelefonía detrás del arpa que el mismo tiempo les refuerza a antena con delicada musicalidad.

Por el Conde de X,
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

UN HOMBRE CON MALA SOMBRA

(NARRACIÓN CON ÍDEM ÍDEM)

Una de las historias que me ha hecho verter más lágrimas, y más amargas, y más copiosas, y más gordas y frescas, es la que me relató una tarde tormentosa de mayo en la calle del Gato mi entrañable y algo fatigado amigo Joaquín Maldonado, que lamento que no le sea de ustedes también, porque es un hombre que merece de verdad que personas tan honradísimas como ustedes le distingan con su aprecio. Por desgracia, no es así y lo deploro con todas las fuerzas de mi tierno corazón, pero no puedo hacer más que deplorarlo por no ser para mí tarea fácil presentarle y ponerle en relación con los cincuenta y tantos mil lectores de Buen Humor, cosa que me obligaría a perder cincuenta y tantos mil días, a uno por presentación, procedimiento para el que no hallo manera, por lo cual lo mejor es dejarlo como dije antes y repetir ahora y no volveré a repetir más, porque no es cosa de dar aquí una lata que nadie me ha pedido.

Quedamos en que Joaquín Maldonado me abrió su pecho la borrascosa tarde citada y me refirió la tragedia de su vida, que es una catástrofe con inscripciones de adarve como ustedes van a comprobar con el consiguiente espanto, a no ser que no posean un átomo de corazón o que el átomo que posean sea de bronce o peña como dijo el otro, cosa que no creo porque tengo de ustedes una idea cardíaca mucho más elevada y verginosa de lo que ustedes se figuran.

Concederemos, pues, la palabra al buen Joaquín sin temor de que se exceda en el uso de ella, pues Maldonado no es Francos Rodríguez y acabará de hablar mucho antes de lo que habría acabado el elocuente ex ministro, que aquí para *inter nos* sería lo más fácil que no acabase nunca, o por lo menos que acabase mucho más tarde de lo que convendría a nuestros intereses y a nuestra paciencia, harto probada en doce mil banquetes de funesta recordación.

Y vamos con el relato de mi amigo. Esto es, sin quitar punto ni coma, lo que me dijo aquella tarde relampagueante y estruendosa, el infeliz Joaquín Maldonado:

—¡Sí, querido amigo! ¡Yo he sido, soy y seré, el sueto más infortunado de los que pisan el planeta, única cosa que yo puedo pisar, porque en todos los demás órdenes de la vida el pisado soy yo!... Desde la fecha de mi nacimiento, empezó la desgracia a cebarse en mí de un modo indecente, pues usted recordará que coincidió el alumbramiento de mi madre con una furiosa

huelga general de comadronas, lo cual me obligó a tener que nacer solo, y que a los pocos días se adhirieron al movimiento huelguista (mejor dicho, a la absoluta quietud) todas las amas de cría de España, por cuya razón me pasé tres meses chupándome el dedo, al cabo de los cuales, y cuando ya empezaba a morderme la yema del otro, opinaron que debían darme leche de burras, nauseabunda bebida que, aunque creyeran mis padres que me iba a gustar una burrada, no me hizo la menor gracia, pues es fácil comprender que para tragarse eso hay que ser muy burro o estar muy distraído, o en últi-

mo término tener un catarro de órdago a la grande...

A los cinco años me atropelló un auto y me dejó cojo. Mi cariñoso padre, (que había leído en un periódico que el excelentísimo señor conde de Romanones se interesaba por los niños lisados y hasta pensaba fundar un hospital en el que se admitiera a todos los que entrasen con mal pie) tuvo la idea de llevarme a casa del eminente y poco lacarandoso político liberal para ver si se compadecía de mi desgracia y me daba algo. ¡Y lo que estuvo a punto de darme fué un puntapié, porque, al verme cojear, creyó que



Dib. Nuseñ.—Madrid.

—¿Qué tal se encuentra, señora Anastasia?
—Mal, hija. Tengo un catarro a los ojos...
—¿Y tose usted con ellos?

pretendía yo hacer una gracia imitando sus saluditos movimientitos... ¡nos mal que el puntapié no llegó a darme! no sé si por imposibilidad material o porque mi padre se puso serio y le dijo que si me daba un puntapié se había caído!...

Me hicieron estudiar música y en el primer año de solfeo me suspendió el Tribunal de los exámenes. En un ejercicio se me ocurrió decir: sol, fa, la, si... re, do, mi, si... la, fa, si, si... y el profesor me interrumpió diciendo: no, no. Volví yo a repetir: si, si... y volvió el profesor a decir: no, no... ¡y él que no y yo que sí, acabamos por ponernos de acuerdo! ¡Estoy seguro de que me suspendieron por discutir!...

Aleccionado por este contraefuerzo decréme no volver a llevar la contraria a mis profesores, y ¡oh, injusticias de la vida!, esta sabia conducta hizo que me suspendieran también en Geografía. Al preguntarme el catedrático que cuál era la capital de Checoslovaquia, tuve la generosidad de decirle que la que a él le pareciese mejor, y en pago a mi bondad me increpó diciendo que me fuese a tomar el pelo al aplaudido diestro Don Rafael Gómez Ortega, caso de que me fuera fácil la susodicha tomadura, que ya por aquellos tiempos era un imposible categorico.

Ya mayor de edad, se me ocurrió dedicarme a la pintura y concurrí a una exposición con un retrato de Lore-

to Prado, de maravilloso parecido, pero a los tres días de estar expuesto al público hubo necesidad de retirarlo porque se asustaban los niños y se echaban a llorar. Y, a más de esto, un miembro del Jurado me hizo saber que el cuadro carecía en absoluto de belleza, cosa que yo ya sabía cuando lo pinté, aunque no creí que no fuese óbice.

Un día nefasto y un poco anuberrado me casé con una chica telefonista que me hizo filín, detalle rarísimo, pues las telefonistas no le hacen filín casi a nadie, aunque las esté llamando seis horas seguidas; y en, fin, a mí por excepción me contestó en seguida y me dijo que sí. Mi matrimonio fué un caos, y, cuando ya era tarde, me enteré de que mi esposa estaba comunicando con medio Madrid. No obstante, me hice el loco, y en plena demencia habría continuado de no haberla sorprendido una mañana en brazos de un amigo mío, manco del derecho, pero que en el momento en que yo les sorprendí no era manco ni muchísimo menos. Tuve que separarme de ella, con tanto más motivo cuando ví el trabajo y el sentimiento con que ella se separaba del otro proeminente, en el momento de irrumpir un servidor en el hollado aposento nupcial.

Para consolarme de esta catástrofe puse un pisito a una chica pantalonera, con la cual había yo bailado uros cuantos foxtrotes, en mi juventud y en su barrio. ¡Nueva y terrible desgracia!... La esclarecida joven me resultó

mucho más pantalonera de lo que yo me había figurado, y un día supe con espanto que me engañaba con un flador de carteles del teatro de Novedades, hazña que me resultó el colmo del oprobio, porque era sencillamente que me la estaba pegando con engrudo...

¡Y, sin embargo, querido amigo, nada de lo relatado es tan tremendo y tan dislacerante como el infortunio que perturbó mi existencia últimamente!... ¡Sólo de referir este postrero drama, tiemblan mis carnes, se enfrían mis huesos y se erizan mis cabellos!... Un hado maligno me inspiró la idea de embarcar para Buenos Aires un martes por la mañana. Hice mi maleta, mejor dicho, la compré hecha, y meif en ella mi escaso guardarropa. Tomé el tren para embarcar en Cádiz en el *Carlos XXII*, magnífico trasatlántico que debía conducirme a la argentina capital y...

¡Lo que sigue me da pavor relatarlo, pero lo relataré con pavor y todo para que no digan!

El *Carlos XXII* zarpó de Cádiz el día señalado. Navegó treinta y seis horas sobre el océano, y a la hora número treinta y siete una espesa niebla envolvió la nave. El bramido de las sirenas retumbó sobre el mar, el espanto se apoderó de los viajeros y la natura, zozobra preocupó a la marinería. Esto, no obstante, no era nada de particular, porque el barco vino algo más grave. ¡De repente el barco chocó con un bajo!... Claro es que si el bajo hubiese sido Mansueto o Verdaguero, el choque no habría tenido funestas consecuencias, pero por desgracia el bajo era de bastante más cuidado que los referidos y el *Carlos XXII* no pudo resistir el choque y comenzó a hacer agua. Algunos pasajeros, por efecto del terror, hicieron lo mismo, y el barco y los pasajeros a los pocos minutos se iban a pique irremediablemente. ¡Qué horroroso momento! ¡Los gritos, los ayes, las blasfemias, las imprecaciones, resonaban en la inmensa soledad del Atlántico! ¡Nadie acudía a prestar auxilio al hermoso vapor que el mar se tragaba! ¡Ni una débil barquilla en el horizonte, ni la más leve señal de socorro, ni el más ligero resquicio de esperanza!

¡Y el *Carlos XXII* se hundió definitivamente, arrastrando tras sí a la mayoría de sus tripulantes y pasajeros, de los cuales sólo unos cuantos nadaban desesperadamente sobre las olas!

¡Y menos mal que yo me había quedado en Cádiz, porque cuando llegué al puerto, por culpa de un retraso del tren, el vapor había ya salido hacía una hora!...

¡Que si no, me divierto como hay Dios!

ERNESTO POLO



Dib. Benigno Madrid.

—Pues a mí me viste un sastré «Inglés».

—¿...?

—Sí, porque como no le pienso pagar...

EL SUICIDIO DE DON LOLO

Cada uno de los que componían ese día la famosa Peña del café de Fornos, fueron contando la forma en que se habían suicidado. Uno se había puesto debajo del tren en el preciso momento en que el tren estaba parado; otro se había arrojado al Océano, nada menos que al Océano Atlántico, ¡tan grandel! sin acordarse de que sabía nadar; otro tuvo la serenidad de dispararse una pistola por el espejo; otro, que había oído hablar de los que se degollaban con una navaja de afeitar, se quiso suicidar con maquinilla... ¡Un horror!

Y únicamente don Lolo callaba, fumando un cigarro puro. Pero el perspicaz «Tono», el dibujante, fijó en él su mirada, y dijo:

—Don Lolo, no me lo niegue; usted se ha suicidado. Se lo conozco en esa sonrisa de superviviente con que echa usted el humo, y en que ha cambiado usted la letra una vez en su vida, como todo suicida, para no encontrarse con un juez que le diga: «Esta letra la conozco yo... ¡Ah!, usted me escribió una vez suicidándose...»

—Sí, señores; es verdad. Y se lo voy a relatar.

Tenía yo treinta y tres años; buena edad para la muerte. Mi cotidianismo oficinil era un fracaso. Casi todos los oficinistas, y muchos abogados, somos artistas fracasados, o gente de ilusiones fracasadas. Yo fui poeta.

Terminaba el año, y yo, muy romántico, me cerré en mi cuarto el último día. Me senté frente a la mesa que está debajo del espejo, y me auto-examiné de esta forma:

—Saqué usted dos papeletas.

—Estas son: «Pasado» y «Porvenir».

—Diga usted la primera...

Señores: aquello fué un fracaso. Mi vida había estado llena de ilusiones, que en algún tiempo me habían dificultado los días como un baño de agua tibia y perfumada. Pero el agua se había ido por el sumidero poco a poco, y sólo habían quedado los pelos y suciedades que no cupieron por la rejilla.

—Diga usted el «Porvenir»; pero antes rectifique usted su postura.

En efecto; yo no tenía postura de estarme examinando. La cabeza entre las manos, los codos en la mesa. Se debía notar que me estaba desesperando poco a poco.

Bueno; el porvenir era una cosa obscura, inevitable. Larga, larga, larga, sí; pero tan larga, que se cerraba en el infinito, sin claridades laterales. En fin, como la alcantarilla por donde se fuera el agua tibia...

—Puede usted retirarse. Está usted desaprobado.

Y yo, como un estudiante de aquellos tiempos en que se tomaba tan a

pecho el suspenso, saqué dos pistolas que tenía en el cajón de mi mesilla, y me dispuse a elegir la mejor; digo, la peor.

Pero como estaban iguales, y cada una tenía seis tiros, tuve una idea maravillosa. A las doce me tragaría por las sienes los doce huesecillos de *browning*, uno a uno.

A las doce menos cuartos me traía la patrona doce uvas, por motivo de la costumbre. Y me dijo:

—¿Quiere usted tomarlas en el comedor, con todos?

—No—contesté.

En el gabinete había un magnífico reloj de «cucu». A las doce menos cinco me senté en una butaca que tenía bigote y barba por los rotos; y a esperar.

Primero me dispararía los seis de ésta; luego los de esta otra.

¡Yal! ¡Yal! ¡Yal!...

«¡Cu-cu!»... ¡Pum!
«¡Cu-cu!»... ¡Pum!

Así, hasta siete. A los siete golpes, el «cucu» no volvió a sonar. Es decir, que no pude descerrarme los doce tiros; sólo siete.

Al poco rato se me presentó la patrona con todos los demás huéspedes.

—Perdone usted—decían—; hemos sentido los ruidos, y no hemos podido venir antes, porque esto de las uvas es lo único en el mundo que no puede dejarse para más tarde; pero nos lo figurábamos.

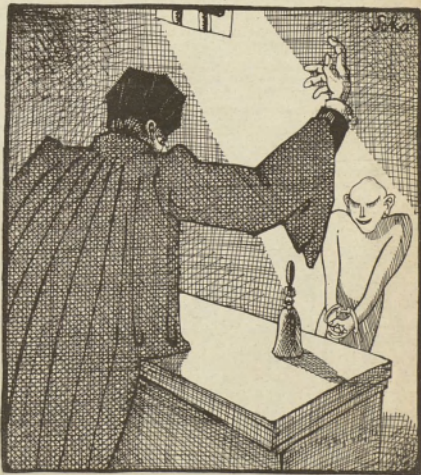
Y la patrona añadió:

—¿Pero no sabía usted que estaba estrepeado? ¡Déjelo para otro año!

—Naturalmente—contesté—; ya ¿qué remedio me queda?

Pero al año siguiente, no me presenté a examen.

ANTONIO ROBLES

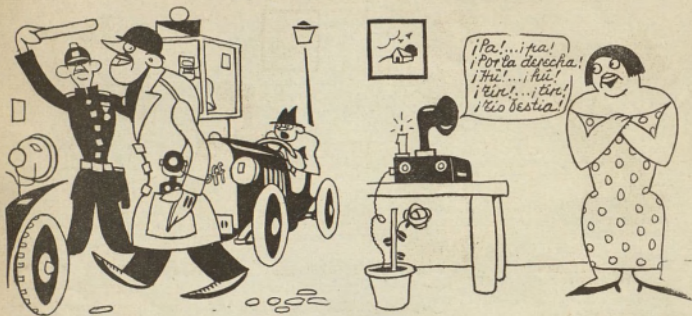


—¿Confiesa usted, ser bigamo?

—Sí, señor; y lo seré mientras no me quiten estas dos esposas.

Dib. SOKA.—Barcelona.

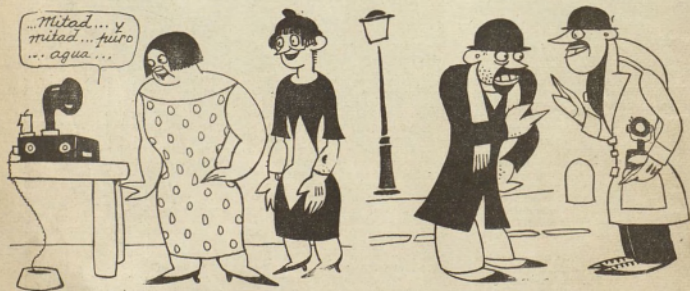
UNA COLADURA RADIOTELEFÓNICA,



La esposa del ilustre don Bernabé no quiere que su esposo vaya al café.

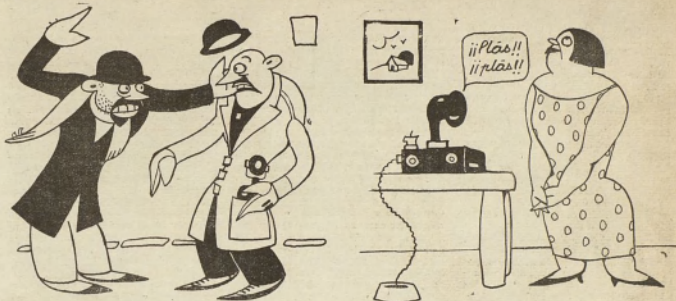
El sabio D. Bernabé Cretínez no tenía otro defecto, aparte de radiescuchar, que el de permanecer horas y horas en la tertulia del café.

Un día prometió a su esposa no volver a incurrir en tan feo vicio, y para convencerla de que su docta palabra era la *chipén*, inventó un aparato emisor de radio, que llevado en el bolsillo, permitía a la dulce esposa saber dónde se hallaba el sabio a cada momento.



Al siguiente día de estrenar su aparatito, Cretínez se encontró al sabio checoslovaco Broutesko, hombre violento como un aterrizaje más feo que el Banco de Bilbao, al que dió cuenta de su maravilloso invento, asegurando que se trataba de un aparato *mitad* de galena y *mitad* de lámparas que permitía obtener un sonido *puro* como un concejal del nuevo régimen, y claro como el *agua... clara*. Pero como al aparato receptor no llegaban más que algunas palabras saetas, la esposa del sabio se mosqueó ligeramente.

por Garrido.



De la conversación amistosa pasaron a la discusión acalorada. Creteñez llevó la contraria a Broutesko, éste montó en cólera y le atizó a D. Bernabé dos bofetadas de las de querido padre y muy distinguido señor mío.

Y al llegar a oídos de ella el rumor de los «cates», la esposa del sabio «vió claro» y exclamó:

—¡Dios mío, este Creteñez es incorregible!... ¡¡Ya se ha metido en el café!!

EL AJEDREZ

No sé jugar al ajedrez; jamás me ha cabido en la cabeza tanta madera; la profunda ciencia de este juego se me ha resistido siempre; mi puerilidad no ha dejado que preste la atención necesaria a tan interesante juego, que es una cosa verdaderamente seria. Pero me gusta ver jugar; yo me he estado horas enteras viendo a dos graves señores, empujados en singular combate, y he gozado inefablemente, aunque no lo entendía.

Es muy curioso este complicado entretenimiento y se pasan ratos de espiritual complacencia, mirando aquel bosquejillo de figuritas graciosas que avanzan, retroceden, se espían, se atacan, y, por fin, se comen, se devoran y se dan mate sin miramientos.

Los jugadores, con la cabeza inclinada, contemplan profunda, atenta, el tablero. Pasa un minuto y dos y tres y cinco y a veces más, sin que ninguno dé señales de vida, llegando a creer que se han dormido o que otra preocupación grave les distraja de la diversión. Pero no; están en el juego, están meditando la jugada y tras la angustiosa cavilación, vemos que un peonito avanza un paso. Terrible cosa debe ser este paso del peón, porque el contrario se agita en su asiento, se muerde el bigote, mira azorado todo el tablero, avanza la mano

para coger una pieza y la retira; se ve que duda, que teme, que está desconcertado, y, por fin, toma una resolución heroica y avanza otro peoncito, el que está enfrente del osado peón que avanzó el contrincante.

Respiramos, el mal está conjurado, la amenaza del enemigo, deshecho; la trinchera perdida, recuperada.

Y vuelven a quedar absortos, mirando el tablero, como si estuvieran atraídos por misterioso encanto que les alucina.

Lentamente, las piezas del ajedrez van enredándose en caprichosas figuras de complicado minué. Algunas caen como víctimas de un combate y desaparecen del campo de batalla.

Una cosa me ha extrañado siempre, y es el salto del caballo que lo encuentro absurdo, loco, ilógico; salta por encima de las otras piezas sin respeto a nada; va a un lado u otro, pero no en línea recta, como debiera ser, sino de lado, en zig-zag, caprichosamente. Y los caballos no se comportan así en su vida corriente.

Esas arbitrariedades descomponen mi equanimidad.

Los jugadores de ajedrez son silenciosos, graves y adustos; juegan largas horas sin decir una palabra, sin hacer un comentario; no hay entre ellos la greguería vulgar de otros ju-

gadores; ponen en este juego toda la unión que se pondría, si oficiaran como sacerdotes, ante un altar. Y así debe ser, porque el ajedrez requiere una potencialidad extraordinaria de cerebro, de voluntad y de paciencia.

Por eso admiro sencillamente a los jugadores de ajedrez; son para mí seres extraordinarios, capaces de aprender todas las ciencias y de conseguir todas sus aspiraciones; porque yo he visto una cosa realmente estúpida en esto del ajedrez. Un señor, gran jugador, dijo a otro que no era letrado en la materia: señale usted el peón con que quiere que le de mate. El peoncito agraciado con este honor, fué adornado de una caperucita de papel y empezó la lucha. Toda la ciencia ajedrecista se dedicó a inutilizar al peón encargado de la muerte del rey, con lo cual quedaba el juego perdido. Pero fué inútil; el terrible peón triunfó de todas las emboscadas, de todos los asedios y serenamente dió mate.

¿No es esto maravilloso? Miles hazasas podrían relatarse que prueban de una manera evidente la superioridad de los buenos jugadores de ajedrez sobre todos los demás mortales, y más aún sobre los que como yo apenas si he nos podido aprender la brisca y el tute.

VICENTE PEREZ PASCUAL

EL PITILLO

Cuando la Vida nos impulsa (como diría cualquiera de nuestros más profundos comediógrafos) a salir de nuestra torre de marfil, de esa habitación de nuestra casa donde pasamos casi todo el día haciendo pelarías de papel y recordando con unas tileras las figuras reproducidas en las revistas, sentimos la vida de esos cilindros blancos que se llaman pitillos.

No hay nada como un pitillo para resolver situaciones embarazosas y para hacer amistades de esas que luego duran toda la vida. El pitillo que daís, de buenas a primeras, a una persona desconocida hasta entonces, os granjea su simpatía. Es tan de agradecer como si ofreciérais a esa persona la sangre de vuestras venas, y tiene la ventaja de ser más fácil y menos costoso.

Los que no fumamos estamos, por esto, en una evidente desigualdad social. Es inútil que pretendamos, para aprovecharnos de sus ventajas, imitar el franco y noble gesto de ofrecer tabaco. Aunque ofreciéramos nuestros pañuelos, nuestros lápices, los botones del chaleco, el sombrero, las ligas, no conseguiríamos lo que un pitillo es

capaz de conseguir o, por lo menos, de poner en camino para conseguir. Y no hay duda, a pesar de todo, de que cualquiera de estos objetos que ofreciéramos nos causarían un desembolso mayor que el del que ha comprado veinte cigarrillos por dos reales y ofrece uno que vale, escasamente, dos céntimos y medio.

Parece mentira que un objeto tan barato y de tan poca duración tenga tanta fuerza en nuestra sociedad. Si vais a pedir un favor con un pitillo por delante, tenéis ya ese favor casi conseguido. Si os presentan a una persona que os va a ser útil, nada la pondrá de vuestra parte como el que os apresureis a ofrecerle tabaco. Con un cigarrillo podéis precipitar un poco la marcha de cualquier expediente en un ministerio. Si no sabéis qué decir (¡oh, los momentos en que no sabe uno de qué hablar con otra persona!) nada resuelve la situación como el sacar la petaca.

Es muy probable que para entrar en la Academia no haga falta más que colarse un día de sesión y ofrecer cigarrillos a todos los académicos de nú-

mero. En la próxima junta, se elegirá por unanimidad al que de este modo haya conquistado los corazones de los inmortales.

Se mide la cordialidad y la simpatía de una persona por las veces que saca tabaco. Este gesto le pinta con todo detalle. El que ofrece tres veces pitillos en una tarde, es considerado como persona estimabilísima. Muchas veces no se va a los entierros más que por los cigarrillos que daba el difunto. Esto liga con un hombre para toda una vida y para el Más Allá...

Enrique García Alvarez, que primero ofrece un pitillo, en seguidados, después cinco juntos, luego siete a un tiempo y acaba metiéndolos en el bolsillo el resto de la cajetilla, una caja de fósforos y el cenicero, no necesitaría ya de sus demás condiciones, para hacerse un hombre encantador y merecer el aprecio de sus contemporáneos.

Se nos dirá que nada está en nuestra mano como el volver a fumar y valernos, como hace todo el mundo, de ese arma tan útil que es el cigarrillo.

Demasiado se sabe que esto no puede ser. El acostumbrarse a fumar, cuando no se fuma, es tan difícil como dejarlo cuando se es fumador. El fumador se olvida de que se lo tienen prohibido y compra y enciende tabaco casi inequívocamente.

Los no fumadores, por muy firme que fuese nuestra decisión de fumar, nos olvidamos de comprar pitillos y si lo hacemos, nos olvidamos de comprar cerillas, o en último caso, nos olvidamos unos y otros en los bolsillos, sin acordarnos de fumar. Es como si en vez de ponernos la americana del derecho, decidiéramos un día llevarla desde entonces al revés. Todas las mañanas se nos olvidaría. La costumbre debe su importancia a que nos evita preocupaciones.

También se me dirá que podemos substituir los pitillos con caramelos. Esto es imposible igualmente. A la persona que ofreciéramos caramelos, causaríamos una deplorable impresión. El cigarrillo de mentol tampoco resuelve nada, por intransferible.

No nos queda sino lamentar esta inferioridad y buscar los medios para vencerla.

Pero esto es ya la labor de una Liga de No Fumadores, que yu desde estas columnas convoco y cuyas juntas pueden celebrarse en un vagón de ferrocarril de los reservados para esta clase de individuos. Hay que hacer constar, que las Compañías ferroviarias han sido las primeras en reconocer nuestra existencia.

José LÓPEZ RUBIO



Dib.
PERALTA
Granada.

—Dime, Manuel, ¿de qué vivían las pollitas cuando Adán y Eva no tenían ropa?

EL RETRUÉCANO EL SEÑOR QUE CRITICA

Es una noche de *estreno*, al que he asistido por casualidad y porque no me costaba nada la butaca.

Se trata del estreno de una obra cómica, debida a uno de nuestros autores de primera fila. Se ha acabado el primer acto, me he divertido mucho, me he reído con una risa suave como un guante de piel de Suecia y Noruega y he indica en mí un regocijo máximo; he sacado un cigarrillo, que es un puro, un puro desahogo de la Tabacalera y he salido al vestíbulo, «¡sh!», sala de espera, salón de fumar o como ustedes quieran llamarlo.

En un grupo hay algunos críticos, esos críticos formidables, que se llaman Canedo, Machado, Marquina y con los que no hace mucho se reunía «otro formidables», Enrique de Mesa. Hablan de la comedia como ellos saben y pueden. A su alrededor, varios mirones repiten lo que ellos dicen con regreído y aumentado, aunque sin saber ni poder, naturalmente.

Más allá, discuten Alberto Insúa y Araquistain. Cruza Retorillo mirando al techo. Pasa Andrenio mirando al suelo, y cruza también Pilar Millán Astray con un peinado que no tiene nada de salnetoso.

Son las caras de siempre, las de todos los días de *estreno*.

Voy de grupo en grupo y en todas partes oigo hablar mal de la comedia. Como es lógico, los que menos saben de arte y de literatura son los que más protestan y los que gritan más alto. El infinito número de autores que no escriben y de señores que tienen fábricas de conservas colocan al autor de la obra a la altura de las alfombras. Todo esto me da pena y me recluyo en un rincón a concluir de fumar el cigarrillo. Entonces se me acercan dos individuos, pertenecientes al numeroso grupo que antes he señalado.

—¿Qué le parece a usted? —Me parecen.

—Bien. Me he divertido mucho.

Ambos protestan; ambos aseguran que aquello es una simpleza. Yo salgo a la defensa de lo cómico, género al que más estimo por difícil y por noble. Se me echan encima como fieras de la manigua. Y uno dice:

—Lo cómico es estimabilísimo; pero esta comedia ya sobrepasa los límites; es absurda; es desquiciada; está llena de retruécacos.

Parece muy satisfecho de su hallazgo y vuelve a insistir como si quisiera aplastarme con la palabra:

—¿Ha oído usted? ¡De retruécacos! ¡De repugnantes retruécacos! ¡No irá a negar que está llena de retruécacos!

Pasan dos segundos en que se pa-

veonea con su triunfo, hasta que le respondio:

—Le juro a usted por el espíritu de Zumalacárregui que no he sorprendido en toda la comedia un sólo retruécaco.

—¿En? ¿Que no?...

—No, señor. Hace ya años que en todas las obras estrenadas en Madrid no he oído un sólo retruécaco.

—Pero...

—Ni uno. El último retruécaco que recuerdo lo sorprendí en una comedia estrenada en el Infanta Isabel. Creo que se titulaba *¡Qué amigos tienes, Benito!* Y el retruécaco era la siguiente frase, puesta en boca de un personaje que desempeñaba Pedro Sepúlveda: «Los quinientos consejos del Consejo de los Quinientos.» Retruécaco es eso; lo demás serán chistes, equívocos de palabra e idea, hipóboles, comparaciones hechas a base del equívoco también, pero retruécacos de ninguna forma.

—Entonces...

—Entonces es que usted no tiene idea de lo que es un retruécaco. El retruécaco fué la piedra de toque del gran Quevedo, príncipe del retruécaco y de tantas otras cosas.

—Pero, en fin, ¿qué es el retruécaco?

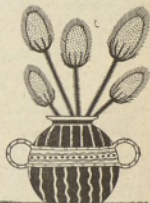
—El retruécaco es la inversión he-

cha en las palabras de una frase para que resulte otra de diferente sentido. Buenas noches.

Y tiro la punta del cigarrillo y me voy hacia el salón. Coincido con el grupo de críticos, que entran sin dejar de charlar. Ellos son los que, inadvertidamente, con sus magníficas críticas, han hecho brotar ese tipo de ese señor idiota que critica lo que no entiende.

Y, a lo mejor, resulta que yo perteneczo también a ese grupo. No me atrevo a seguir. La espantosa duda me ha paralizado la mano y me ha forcido la corbata.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. GARCÍA CUEVO.—Madrid.

—Vengo de casa del sastre. He tenido que sudar la gota gorda para que me tomase el dinero.

—¡Es posible!!!

—Sí. El condenado quería más...

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SÍ Y EL OTRO TAMBIÉN

LIBRO SENSACIONAL.—Acaba de aparecer un estudio histórico, encaminado a demostrar que Cristóbal Colón, además de ser un Colón, era un *largo* y que en el viaje a América hizo su *largo* y se cubrió con la *Pinta*. Acompaña el texto un mapa de la mar y la mar de mapas de la tierra, y también figura un retrato de la *Niña*, que, por cierto, es otra *niña* desaparecida, de la que nadie se ha compadecido. Los pedidos al autor, Cabestreros, 58, acompañados de una letra de fácil cobro, lo que se llama una letra clara.

IIIILOCOSIII

ES UNA VERDADERA LOCURA LO QUE HACÉIS CON DEJAR QUE OS LLEVEN A LOS MANICOMIOS DE LEGANÉS, CHIMPOZUELOS, SAN BAUDILLO, ETCÉTERA.

¡EL MAGNÍFICO SANATORIO DEL DOCTOR GUILLOT

es el sitio indicado para vosotros y el que debéis exigir dando voces treimbundas!

¡SI NO OS HACÉIS CASO, POSEOS FURIOSOS Y EMPEZAD A ROFETADAS CON VUESTROS ALLEGADOS!

Y si aun así no conseguís que os fraigan, no seáis idiotas y venid vosotros por nuestro piele.

¡CURACIÓN INMEDIATA!

¡AL MES DE ESTAR EN ESTA CASA, TENDRÉIS MÁS SENTIDO COMÚN QUE EN TODA VUESTRA VIDA!

SISTEMA DIFERENTE PARA CADA SEXO; E HIGIENIA GARANTÍA CON EL DEMENTE QUE CON LA DEMENTA.

DOCTOR GUILLOT,

MÉDICO DEL GOBIERNO DE LOS SOVIETS, ANTIQUO FACULTATIVO DE GUILLERMO II Y DE VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, ETCÉTERA, ETC. CEREZA, 115.

PÉNDIDA.—El caballero que se haya encontrado una cejeilla con diez y ocho pitillos en el trayecto del teatro Real e la posada del Peñe, hará un señalado favor no devolviéndola a su dueño; pues no se trata de que la ha perdido sino de que la ha tirado, porque no hay Dios que se la fume. Sin embargo, el que la haya cogido se la puede fumar, suponiendo que se la pueda fumar, que me parece que no va a poder. ¡Pero, en fin, allá él con su conciencia y con sus tripas!... ¡Yo ya he dicho lo que tenía que decir!...

Magnífico cuadro griego

REPRESENTANDO A EOLO

O A UNO QUE SE DA UN AIRE A ÉL SE VENDE A PRECIO RAZONABLE.

RAZÓN: EN CUATRO VIENTOS, SEÑOR VENTOSA

La crisis de la vivienda es uno de tantos embustes como andan por ahí corriendo vertiginosamente. Todo el que desee cuartos espaciosos y baratos, y con caseros consideradísimos y más buenos que el pan (que por cierto cada día es peor), los encontrará en seguida dirigiéndose a esta agencia. Hay varios pisos de doce duros al mes con catorce habitaciones, ascensor, gas, calefacción, teléfono, instalación de radio y un almacén de jamones (porque un jamón es poco) en la planta baja. Lo único que resulta un poco molesto es la distancia, porque esos pisos que ofrecemos están situados en unas calles algo apartadas y en las poblaciones siguientes: Tokio, Belgrado, Río Janeiro y Manila. No obstante, creemos que se decidirán ustedes, porque si esperan encontrar cuarto en Madrid, va para largo. Desde luego, para mucho más largo que Manila, Belgrado, Tokio, etc. Agencia de alquileres: LA DAUDA Y VELOCÍSIMA SOLUCIONADORA. Prim, 92.

¡¡MÚSICOS!!

SI QUERÉIS SALIR DE VUESTRA PENOSA SITUACIÓN Y SER FELICES Y RICOS, AHORRAD UNAS PESETAS DE LO QUE OS DAN EN LAS ORQUESTAS Y JUGAD A LA LOTERÍA EN LA ADMINISTRACIÓN DE

DOÑA BASILISA ARROSAMENA

¡AHÍ OS PUEDE TOCAR, QUE ES LA ÚNICA FORMA DE QUE NO TOQUÉIS VOSTROS NI UN DÍA MÁS!

¡Desprecia el violín, el trombón, la flauta y el clarinete, que no os dan más que disgustos!

¡VUESTRA SUERTE ESTÁ EN EL BOMBO!!

¡BASTA DE «JUGAR CON FUEGO» Y A JUGAR CON DOÑA BASILISA!

LAVAPIÉS, NÚMERO 163 (PREMIADO RECIENTEMENTE CON 100.000 PESETAS).

Vendo magnífico automóvil por tener que marchar fuera imperiosamente. Debo decir, porque yo no engaño a nadie, que a donde me marchó es al penal del Dueso, por haber matado a tres individuos con el susodicho coche. Pero sabiéndolo manejar, no hay cuidado, sobre todo para el que va dentro. Razon en la cárcel Modelo, a mano izquierda. No admito correos, aunque si pudiese escapar, el corredor lo sería yo.

BAR QUITO

EL ÚNICO COMPETIDOR DEL BAR CALLO VERDADERO CAFÉ AMERICANO

BAR FRANCO RODRÍGUEZ

TAMBIÉN COMPETIDOR DEL CALLO SON LOS DOS MEJORES BARES DE MADRID

FIAMBRES, BOCADILLOS, CERVEZAS EXQUISITAS MERENDAS AMENIZADAS POR EL JAZZ-BAND MÁS NOTABLE DE LA CORTE, COMPUESTO DE DOCE PROFESORES NEGROS

NO OS CONFUNDÁIS Y VAYAIS A CREER QUE LAS MERENDAS SON DE NEGROS TAMBIÉN

¡ESTAS CASAS DESPACHAN AL DÍA MÁS FIAMBRES QUE EL CEMENTERIO DEL PERE LACHAISE!!

Economía, limpieza, seriedad y camaraderismo

REBAJAS A FAMILIAS

NO SE ADMITEN PERROS (MAS QUE EN LAS POMPAS)

Si queréis conseguir completamente gratis una magnífica torta de Reyes, no tenéis que hacer más que una cosa sencillísima: insultarme a mí, que me llamo Juan Reyes, y que os daré la torta, pero que el minuto. Puñonostro, 56.

Señorita de gran capital y con un pequeño defecto, se casará sin segundo con joven lánguido y empleado con algún sueldo. Decimos que la señorita es de gran capital, porque es de Buenos Aires, y el pequeño defecto a que nos hemos referido, es que no tiene ni una perra gorda de dote. Por lo d'más, está muy bien. Lista de correos, J. Aragonesa.

-i- Agente anunciador:

NESTOR O. LOPE



Dib. de Tono.—Madrid.

- No me ha tocado la Lotería por un número.
- ¿Ha tocado en el número anterior al suyo?
- Cá, no señor; le ha tocado a un señor que vive en Arenal, 15, y yo vivo en Arenal, 161...

Ayuntamiento de Madrid

EL QUE VISTE Y CALZA

Pues, señor, ¡es desgracia la mía!
Siempre tuve empeño
en usar el calzado muy cómodo
aunque no hiciese el pie retrechero,
y no lo he logrado
jamás por completo,
porque siempre, por amplio que fuera,
hallé algún defecto
aun pagando muy caro ese artículo
que está... ¡por los suelos...

Solamente ahora
conseguí realizar mi deseo,
y estoy como chico
con zapatos nuevos;
mas la dicha me va a durar poco,
pues ya voy temiendo
que un buen día—¡quién sabe si hoy
decida el Gobierno [mismo]!
reducir las plantillas, y entonces
¡adíos mi dinero!

Un sombrero comprar he querido
muy de moda, llamante, soberbio,
que una tienda lujosa tenía
al público expuesto.

Me han pedido 60 del ala

(y la copa de balde, dijeron);
pero tanto me gusta, que el cabo
no lo compro ni lo echo de menos,
porque me ha obsesionado en tal forma
desde que fui a verlo,
que lo tengo ya en la coronilla,
y no ha habido luego
ni un instante en que de la cabeza
se me quite el dichoso sombrero.¡]

Como yo soy más bravo que el ídem
de los comuneros
y deseo evitar que me venga
nadie con chunqueros,
hoy proclamo desde estas columnas
mi propósito firme y enérgico
de no usar camiseta en mi vida;
así, no hay derecho
a que piensen que a mí no me llega,
la camisa al cuerpo.
¡Item más: como soy buen creyente
y de ello me precio,
la camisa sacudo el domingo,
y así todos debieran hacerlo,
por ser día *camisa s'acude*
según el precepto.

He comprado un gabán nuevecito,
con cincha por dentro,
que me sienta a las mil maravillas;
es tan estupendo
que con él me daré un postín loco;
pues estoy de lo más sandunguero,
sobre todo («gabán», mejor dicho),
si me contoneo.

De primera es el paño; me juran
que es inglés auténtico:
¡bueno se ha puesto el sastré conmigo
al pedirle rebaja de precio
y alegar, con fingidos desdenes,
que el tal paso es, si acaso, un pa-
[fue]lo!...

Y es lo triste, lectores amigos,
que por el momento,
no lo puedo llevar, y aunque hiele
tendré que ir a cuerpo
esperando con santa paciencia
el uno de enero:
¿que por qué?... La razón está clara;
¡porque es *p' año nuevo!*

MIGUEL A. CALVO ROSELLÓ

MUSEO DE PINTURAS, por DURÁN (Escorial)



RAFAEL.—La degollación de los inocentes.



RUBENS.—Una vacante.



RIVERA.—Un martir.



VELÁZQUEZ.—Las meninas.



BERRUQUETE.—Auto-retrato.



LOS CAZADORES DE CABELLERAS

Dib. Ueda.—Barcelona.

—¡Estamos perdidos!!

UN RELATO ESPELUZNANTE

Hay historias que se las cuenta usted a un amigo y se cree que son de la casa Sopena.

Digo esto a propósito de la narración que me hizo Eurípides García, y algunos de cuyos puntos tuve que escuchar con la cabeza descubierta; de tal modo me erizaron los cabellos, que temí llegar a estropearme el sombrero.

No puedo resistir la tentación de contársela a ustedes.

Cuando recibí la noticia de la muerte de mi amigo Abundio—empezó diciéndome don Eurípides—, no experimenté la menor sorpresa. La esperaba de un momento a otro. No era ya nada joven y su cabeza andaba mal hacía bastante tiempo. La última vez que le encontré en la calle, me causó una penosa impresión. Me habló largamente de un invento que tenía entre manos: un cepillo al que flocando un resorte servía

indistintamente para limpiarse las botas, los dientes o la ropa. Esperaba también que con la aplicación de la electricidad llegase a sacar brillo al suelo. Al despedirnos, me dió un abrazo y me citó en su casa para enseñarme el informe de la academia de ciencias de Mesopotamia.

No por ello sentí menos su muerte, y ya que carecía de familia, razón por la que eternamente había vivido en casas de huéspedes—lo que le valió ser propuesto para la cruz de Beneficencia—, me dispuse a cumplir un deber de amistad velando su cadáver. Así lo hice.

He de advertir a usted, porque ello importa mucho para la mejor comprensión de mi historia, que las dos noches anteriores al fallecimiento de mi amigo no pude pegar un ojo, aquejado de un dolor reumático en un tobillo. No le extrañará, pues, que mientras velaba el cadáver llegase a sentir un gran ma-

lestar en la cabeza y un gran peso en los párpados. Poco después del amanecer decidí, ya que estaba solo, echarme un rato en la cama que había sido de mi infeliz amigo. Así lo hice, con la esperanza de dormir hasta la hora del entierro.

No puedo precisar el tiempo que llevaría echado, cuando me despertó un pequeño ruido. Alcé los ojos, y pude usted darse cuenta de mi asombro, cuando veo que Abundio se levanta tranquilamente del atad y me dice con el gesto más natural del mundo: —No es más que un momento. Ahora vuelvo—. Y echó a andar con paso algo inseguro hacia la parte interior de la casa, haciendo además de quitarse la correa con que sujetaba sus pantalones.

Puede usted darse cuenta de mi espanto. Sin embargo, casi pude llegar a convencerme que aquello había tenido

que ser una pesadilla, producida por la debilidad y la falta de sueño que aún sentía. Recordé que en casi todos los velatorios suele hablarse de apariciones y fantasmas, de que siempre me había sucedido. Debía estar reflexionando sobre el insólito caso, cuando volví a zumbarme la cabeza y no pude evitar el quedarme nuevamente dormido.

Tampoco sé el tiempo que debí haber estado ahora, pero presumo que no debió ser mucho. Me despertaron unos ruidos y vi al abrir los ojos a cuatro hombres que, cubiertos con unos guardapolvos negros que les llegaban hasta los pies, me miraban fijamente. Of que uno de ellos decía: —Ya le podía la patrona haber meido en el estuche.

Ya pueden ustedes figurarse cómo, y lo que por mí estaba pasando, no me cabía duda: aquellos hombres, al verme en la cama tan demacrado y el atadío vacío, pensaban que era yo el muerto. La sangre se me heló en las venas; pero lo que más angustiado me

tenía era el que me había puesto horriblemente pálido y que mi lengua se negaba a articular una sola sílaba.

Ellos, sin duda, debieron de notar, por cuanto que uno dijo en aquel momento:

—Está bastante descompuesto. Habrá que darse prisa.

Vieron hacia mí, con intención de zambullirme en la caja. Pero el instinto de conservación pudo ya más que nada y grité:

—Amigos, les advierto que no soy yo el cadáver. El muerto ha salido hace un instante.

Ellos entonces me miraron, sin experimentar la menor sorpresa.

—¿Dónde ha ido?—preguntaron al fin.

Verdaderamente, yo hacía muy poco tiempo que conocía a mis interlocutores, y me era violento decirles el sitio donde suponía que debía encontrarse. Hubieran podido tomarlo a descortesía. Además, a mi amigo puede que le hubiese molestado. Me limité, pues, a

balbucir una incongruencia. Pero ellos parecieron no convencerse, y me miraron como consultándose con los ojos. Al fin, uno de ellos adelantó hacia mí y me dijo:

—Es inútil que trate de engañarnos. Sabemos que es usted el muerto. Su negativa no nos convence. Todos dicen lo mismo. Tenemos en la mano la certificación del forense. ¡Es que usted se opone a la ciencia! No lo creo. En el mejor de los casos, lo que usted ha sufrido ha sido un ataque de catalepsia, y ya sabe que nadie sobrevive a ellos. Todo lo más que puede conseguir con su conducta es que se le entierre unas horas más tarde. Pero esperamos que será juicioso y se dejará enterrar ahora mismo. Nos quedan aún por hacer doce servicios, y no creo que tenga intención de perjudicarnos.

Me les quedé mirando fijamente. Una duda horrible asaltó mi cerebro. ¿Y si aquellos hombres, más acostumbrados a ver cadáveres que yo, tenían razón? ¿Y si lo de mi amigo había sido una alucinación? ¿Cómo sino, aún no había vuelto? ¿Y si yo indudablemente estaba muerto? Gruesas gotas de sudor me bañaban el rostro. Al cabo pensé: ¿Sabemos, por ventura, cómo está uno cuando está muerto? Este que discurre aquí, ¿puede decir que soy yo? ¡No! Indudablemente es mi espíritu. Luego yo estoy muerto. La prueba está en que ya no me duele el tobillo. Si me niego a que me entierren, no conseguiré nada; únicamente molestar a estos hombres y que crean que no he sido cristiano. Puede que me cueste ir al infierno. Verdaderamente, soy un malvado al pensar que estos hombres pretendían enterrarme vivo. He sido siempre muy mal pensado. ¡Dios me perdone semejante ofensa!

Una vez dicho esto, me quedé más tranquilo. Me volví hacia ellos, y tratando de aparecer sereno al tiempo que hacía un gesto de abatimiento, les digo:

—Estoy a sus órdenes, señores.

Me cogieron dos por la cabeza y dos por los pies y me introdujeron en la caja sin miramiento alguno. Antes de cerrarla, of que uno decía: —¡Ya se estaba poniendo pelmazo! Y otro: —¡Es el colmo! ¡Enterrarse con corbata color salmón!

Sentí que me alzaban en hombros y que salíamos andando. Estábamos empezando a bajar la escalera, cuando me pareció oír tirar de una cadena a la que acompañaba un ruido de agua.

Después, perdí el conocimiento.

Cuando recobré el sentido me enteraron de todo.

Mi amigo Abundio había sufrido un ataque de catalepsia. Una imperiosa necesidad que experimentó para despertarse. No hacía dos minutos que salimos de su casa, cuando volvió a su habitación;



Dib. Péas y Muñoz.—Madrid

El alarvoz perfecto.

al no encontrarme allí, lo comprendió todo. Inmediatamente cogió un *taxi* para alcanzar el entierro y deshacer el equívoco. Pero como atropellaron a cinco personas, no pudieron darnos alcance hasta más allá de las Ventas. Inmediatamente me sacaron de la caja; pero había perdido el conocimiento y presentaba síntomas de asfixia. Me metieron en un merendero, y para que

volviera en mí tuvieron que hacerme la respiración artificial y una paella con chorizo. Abracé a Abundio en medio de la mayor alegría; pero de repente noté que se me desplomaba en los brazos. El dueño del merendero le pulsó, se quitó la boina y me dijo:

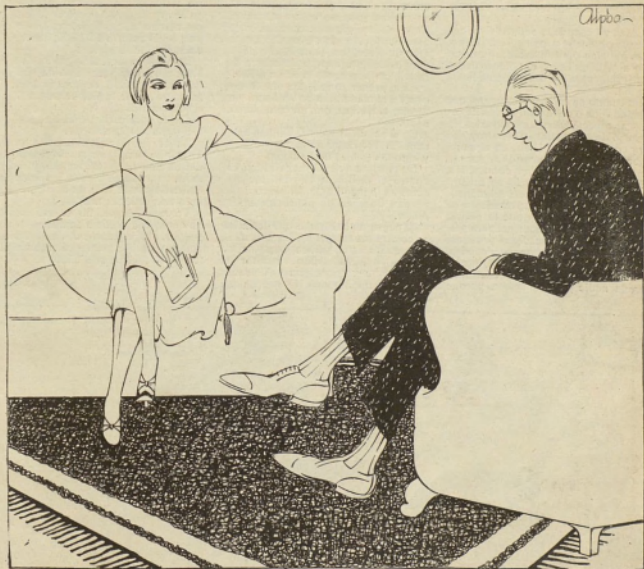
—Es más fiambre que lo que dan en «La Marquesina».

Le metimos en la caja que desde el

primer momento se le había destinado y siguió el entierro.

Yo me quedé en el merendero, porque el arroz estaba entonces en su punto y quería darme unas vueltas ante el organillo, para así desentumecerme las piernas.

MANUEL LÁZARO



Dib. ALPHA.—Valladolid.

EL.—¿Casarse? La mayor de las estupideces. Solamente se casan los idiotas.

ELLA.—Usted no dice la verdad; no hay más que mirarle a la cara.

BUEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pl y Margall, 135-139

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL MATCH BOOL-BURDON

por PIERRE MAC ORLAN

A propósito de Clownston, me dijo el hombre de California, yo puedo asegurar que supo organizar de magistralmente un match de boxeo, que hubiera enorgullecido a cualquiera que se envaneciera de ser un verdadero americano del Norte.

Usted ya conoce la antigua rivalidad entre los blancos y los negros. Bueno, pues Joe Mac Burdon había lanzado un reto a William Bool, el colosal negro cuya reputación era desconocida hasta ese día.

En cuanto se enteró Clownston, que tiene de Dios o del diablo el don de organizar espectáculos sensacionales, se encargó de este asunto y construyó un ring confortable en Utah, en el salón de baile de la Liga alcohólica para la destrucción de los indios comanches.

Fué en domingo cuando se celebró este match, el más famoso del mundo. Había más de 20.000 espectadores de los dos colores, a los que la policía había maniataado previamente para prevenir todas las indecencias posibles.

Clownston, en mangas de camisa, arbitró el mismo dentro del ring, y cuando los dos campeones hicieron su entrada nadie pudo aplaudir, porque

cada uno tenía las manos atadas, como ya indiqué antes.

El negro William Bool era verdaderamente colosal. Medía 1,95 metros de altura; tenía unas piernas soberbias, unas espaldas magníficas y unos caballos tan gruesos como bramanes. Un verdadero gigante. En cuanto a Joe Mac Burdon, no era más alto que un niño de diez años, tenía el aire de ser muy estudioso, aunque su cabeza fuera tan menuda como la de un alfiler.

En el primer round, Joe dió 18 *crochets* a la mandíbula de William, para lo que tenía que dar un considerable salto.

En el segundo round, William había recibido 124 *crochets* en la mandíbula y algunos golpes de fantasía.

En el tercer round, Joe Burdon encontró el medio de colocar 160 *crochets* en la mandíbula del negro y tres buenas docenas de puñetazos *ad libitum*.

El negro no hacía más que defenderse como buenamente podía, y hasta se dice que si consiguiera esquivar los golpes, hubiera salido vencedor de este emocionante encuentro. Al acabar el tercer round, todos los negros que

estaban en la sala tomaron el partido de bajar los párpados sobre los ojos blancos y de desfilar prudentemente uno a uno hasta la salida.

Después, hasta el 120 round, el enorme William, que no respondía a los golpes y que parecía carecer de la energía necesaria, cayó de rodillas como para pedir perdón a Dios de haber sido un imbécil toda su vida.

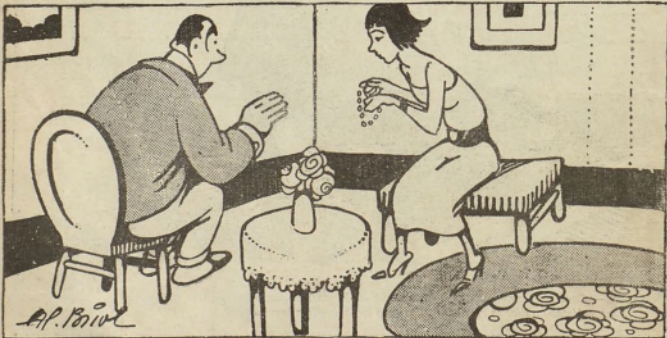
En el 180 round, el negro había recibido, sin poder hacer uso de sus puños, tal cantidad de *crochets* en la mandíbula, que la piel de sus mejillas echaba humo.

Cayó, y al cabo de diez segundos, fué declarado *knock-out*.

Si, el pobre negro fué declarado *knock-out* sin haber tenido tiempo de dar un golpe. Reflexionando, y, sobre todo, teniendo en cuenta las inferioridades físicas de William Bool, el resultado no puede ser más lógico.

Verdaderamente, no sé qué idea le había dado a William de meterse a boxeador, sin acordarse de que le habían cortado los dos brazos cuando tenía la temprana edad de seis años.

A. R. H.



EL.—He hecho poner en ese collar tantas perlas como años tienes...
ELLA.—¡Por qué me habrá quitado mamá diez años!...

(De *Pelé Mêle*, de París.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la misma o a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142
MADRID

P. R. M. San Fernando.—Se publicará el cuento teatral. Lo de la suagra no nos ha satisfecho completamente.

C. V. V. Madrid.—Nos placen sus dos últimos envíos y los acaptes gustosos, presurosos y un poco generosos. Siga por ese camino, que no va usted mal.

Sostenes IDEAL PRESA

Fajas de goma
Santa Engracia, 64
(próxima apertura).
Casa central: Puencarral, 72.

Leandro Reyes. Santa-Paz.—No nos ha convencido su eterno concurso. Usted está obligado a hacer más.

El doctor Centeno. Madrid.—Querido doctor Centeno, me alegro de verte bueno. ¡De tu artículo no puedo decir lo mismo, porque ni me alegro de ver-

Par-Gas. Onteniente.—¡Ay, tu hijo se llama su posada. Nuestra respuesta es esta: ¡no hay tu hijo!

HERNIAS
Urgentes e inexplicablemente
J Campos
Quico MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Laguna Figueras 8




GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO



Agua RADIUM
TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

le, ni he visto nada más malo en este mundo!
Torrijá. Jaén.—¡Eso es más viejo que D. Emilio Thuillier, dicho sea con perdón de D. Emilio y de usted!

Pelete. Madrid.—¡Estúpido, algo catastrófico, un tanto sórdido y exa-

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETERAS, 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

A. C. L. San Sebastián.—Desde el pie hasta el occipucio es usted un hijo sucio.

El Kaíd Meme. Ceuta.—Son demasiado sencillitas sus composiciones. Aquí somos un poco más tu-

La nena fea.—Hija de mi alma: hemos hablado ya tanto de la metenase a lo pole en Buen Humor, que

geradamente antiortográfico ¡Por lo demás, bien!
Aristarco. Madrid.—No puede

FAJAS DE GOMA
Sostenes IDEAL
PRESA
Puencarral, 72.
Teléfono 48-00.

Lee usted "Vida Madrileña"
Anuncie en
Oficinas: Puencarral, 166
Director: DOZ DE LA ROSA

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

No valen ni para venderlos al peso.—Las cuartillas que han tenido la discomul bndad de ofrecernos los actores literarios que se

nantes y modernistas. Aparte de que todos nuestros lectores son unos gusones, y hay que afinar mucho para evitar la tomadura ca-

nuestras lindas lectoras están ya hasta el moño (las que lo tienen todavía). Huelga, por tanto, la repetición del disco, y besamos sus pie-

ser... ¡No puede ser peor el artículo que nos ha largado usted, amigo Aristarco!
El guardia 55.—¡¡Socorro!!!

AMADOR
FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL 13

citas: Un solicitante de pederad mujeril (Meilla), O. O. O. (La Unión), R. P. (Palma de Mallorca), A. M. L. (Calalayud), M. R. (Guisa- mo), Un sonador, El del Verde ga-



SORPRENDENTES

son los productos americanos de

BELLA AURORA

Recomendados por la Facultad

de Farmacia de Barcelona

Grandes premios en 1915, 1919 y 1921

Bodegas de los CEAS
Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberte Aguilera, 28. Teléfono 10-59

plir de la muchedumbre que nos favorece y hora con sus pertinaces cuarenta céntimos.

porque en lo único que podemos hacer en homenaje a usted. Otra vez será más.

¡¡Que llamen a otro guardia!...
H. B. C. Barcelona.—¡¡Quin bu- fect, noy!!

Hijo de P. Cabello

Objetos de cerillero, papeles y bisutería. 5 por 100 de descuento presentado este anuncio.
Píñza del Angel, 1

SASTRERIA LORITE

Corredera Alta, 19

Trajes y gabanes desde 35 pesetas

bán (Ahepardo) y L. V. A. (Ma- drid). ¡Lo sentimos más que ellos, pero no hemos podido hacer nada! ¡Ah, si ellos nos hubiesen imitado, no hubieran hecho nada tam- po...!... cuán felices seríamos todos en este preciso momento!...

.....
¡¡Soldado si tu acasturas no podrás gritar, ¿quién vive? pero puedes remediarte con el jarabe de Orive.
.....

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cartilla, nunca en carta aparte, antes al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así le advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha quedado desierto.

Dos niñas de corta edad se extrañan en la calle y un amable guardia pregunta a la mayorcita.

—¿Cómo te llamas?
—Ana Suárez Flores.
—¿Y tu hermanita?
—Mi hermanita se llama Adela, pero los apellidos no los sé.

José Luis Lafuente.—Madrid.

Entre niños, en un colegio:
—¿Cómo pones tú Hueiga?
—Con h.
—¿Y huevos?
—También con h.
—¿Pues las gallinas los ponen sin ella?

Batato.—Carabanchel Bajo.

No es lo mismo:
Felipe Trigo, que trigo de Felipe.
La calle de la Luna, que la luna de Lacalle.

El canto del señor Ruiz, que el canto del ruiseñor.
De bengale, que de gala ven.
Ira Valladolid, que hablar con el ordinario.

Pedro Vizcaino.—Melilla.

—¿En qué se parece un alumbra-
miento a un vegetal?
—En que es-par-to.

Un hassani.—Larache.

El asombro.—Bueno, Canuto, no discutamos más. Aquí hay un imbécil, y si no lo eres tú lo será yo.
El criapo.—¡Ah! ¿Conozco de-
mentado al señor, para saber que es incapaz de tener un imbécil e su servicio?

Jacobo Gordo.—Madrid.

Entre un capitán de húsares y un camarerro:
—¡Moroz!
—¿Qué manda usted, señorito?
—¡Ella Escudadrón!

Cachivache.—Oviedo.

Entre rateros:
—¿Y tú para qué compras los pe-
riódicos de modas todas las se-
manas?
—Para saber a qué lado se llevan los bollos, y a no trabajar a ciegas.

Joaquín Olmenó.

—¿Por qué Carlos V era tan vale-
roso y tan inteligente para la gue-
rra?
—Porque al nacer ya era quinto.
Un ulcano.—Lilce.

—¿En qué se diferencia Madrid de la Iena?
—En que Madrid se ahueca con el Metro y la Iena con la vare.

C. Rojo.—Madrid.

El colmo de la broma:
Arrolar una cerilla encendida so-
bre el pie de un amigo y decirle
¡que-me-la-pata!

Aguilera y De Blas.—Madrid.

En el Tribunal:
—¿Qué profesión tiene el testigo?
—Calendricista de hebreo.
—¿Sabe leer y escribir?

José M. Conde.

En el café.
—¿Qué va a ser caballero?
—Café exprés, con dos copas de coñac.
—¿Cofec de qué clase?
—¡Hombre, como el café es ex-
prés, tráete dos *Dyass*...

A. H. A.—Santander.

—¿Qué dirían un gato y un perro si se cayeran al mar?
—¡Miao-gau!

Maria Martínez y Milagros.
Murcia.

—¿Vamos a ver, Juanito, tú que entiendes tanto de forotí, ¿qué debe hacer un buen matador cuando un peón quiebra?

—Pagar a los acreedores.

El Gallo.—Oviedo.

—¿En qué se parece el correo que llega a Melilla a las cinco, a una ba-
tista recién salida del agua?

—En que la batista viene de na-
dar y el correo viene de Nador.

Isaac Romo.—Melilla.

—¡Hola, Baufista! ¡Ya sé que tie-
nes otro hijo! ¿Es varón o hombre?

—Chico, la verdad, no lo sé, por-
que hace un año que no voy por casa?

C. Porrillo.—Madrid.

Si quieres mostrar los dientes te aconseja el que esto escribe, que usas el sin precedentes Lileor del Polo de Orive.

En una chica chocan dos autos y se promueve un escándalo formidable. Cuando más excitado está todo el mundo, surge un guardia y con autoritaria energía pregunta:
—¿Vamos a ver! ¿Cuál de los dos es el que ha chocado primero?

Juan Jaio.—Madrid.

De una chica muy barbaña Blas Naque se enamoró y ella, que guapo le había, le dio el sí de buena gana. Pasado el primer ataque, Blas la hubo de preguntar:
—¿Me querrás mucho?... Y Pilar dijo: ¡Con el alma, Naquel!

Leandro Reyes.—Santa Fe.

El PRESTIDIGITADOR.—¡En esta botella echamos yemas, pimienta, un gato con uñas largas, una vihora, un murciélago y un estropeajo! ¡Actividad lo que saldrá!
Una voz.—Mi suegra.

El último valero.—Madrid.

Entre estudiantes:
—Oye, Pepe, ¿qué me dices de Romanones?

—Nada... ¿Qué quieres que te diga?

—Y a propósito, ¿me puedes de-
jar cinco pesetas?

—¡Bueno, pero para qué habías de Romanones para pedirme un davo?

—¿Pues para que veas que te lo pido con política...

Benjamín López.—Madrid.

Examen de Gramática.
El profesor (un poco amosca-
do, porque el alumno está bastante pez):—¿Y yo digo: *Used* es un animal, ¿quién es el sujeto?
El alumno.—*Listed*.

Peno.—Madrid.

Precedencias:
La niña.—¿Oye, papá! ¿De qué color era Jesucristo?
El padre.—¡Jesucristo no tenía color! ¡Verdades, ni color!

La niña.—¿Pues la maestra ha dicho que fue encarnado por obra y gracia del Espíritu Santo.

Mauricio Álvarez.—Melilla.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

LA PAQUITA NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

BALBINO CERRADA

41, Antonio López, 41

Teléfono 23-33 M.

(A cinco minutos del Puente de Toledo)

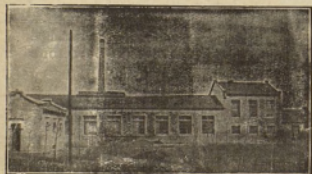
MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, satinados, finos, dibujos, escribir, etc.

ALMACEN:

Plaza del Matute, 6

Tel. 50-05 M.



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRÁJERO

Unión Postal

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	18 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12, —
Número suelto.....	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio

Medallas de oro.

BELLEZA

No dejes de engañar,
y extien siempre en
esta marca y nombre
BELLEZA.

Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo, y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestar ni perjuicio para la cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angélico Cutis

LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *Alcornoque fino y fino* envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros granulados, etc.), dando el cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza

Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza

Con perfume de rosas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza

CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Cómplice a la persona más exigente. Refresca, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarlo se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran firmeza, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar el cutis. Hecho en las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y lega de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal: Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, si se tiran, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quini.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habanay: droguería de Sarri, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

Ayuntamiento de Madrid



Dib. ARTETA.—Madrid.

—Cada día estás más frío conmigo. ¡Qué diferencia del pasado verano!
 —¿Es que crees que soy un termómetro para conservar el calor?